

Queridos amigos.

Querida familia de Antonio y Lola.

Querida Lola.

Pensar en ti es como pensar en el dedo meñique de la mano derecha, tan ajeno y tan propio, al mismo tiempo, sorprendente cuando se levanta él sólo al tomar café y, sin embargo, parte del propio cuerpo.

A muchos de los presentes nos gustaría contar aquí cómo te conocimos, cómo eras entonces, qué conjunción astral provocó que nos hiciéramos amigos, pero no. Es imposible. Como la climatización en los buenos coches, venías de serie. La mayoría de nosotros te recordamos desde que tenemos memoria. Nacimos y crecimos casi al mismo tiempo, jugando a las tabas y a los cromos de tranco en tranco, saltando al elástico en el patio de la escuela y comiendo pipas en los rincones más insospechados de este pueblo.

Te digo Lola, pero hubo un tiempo en que fuiste Loli. E incluso, digo más, existió otro anterior en que te llamabas Mari Loli. Durante algunos años, todas las tardes, ese nombre rebotaba en las paredes del arco que formaba tu casa, chocaba contra los cristales de la casa donde vivía la abuela de Yolanda y desde ahí bajaba por la cuesta de La Alfoquía buscándote a la hora de la merienda. La mayoría de las presentes hoy con recordamos con cariño la voz de tu madre, nuestra querida Manuela, repitiendo, una y otra vez: "¡Mari Loli, el bocatín!!! y aún la imaginamos saliendo de la casa con un bocadillo y un vaso de leche.

Como la hija pequeña de una gran familia de hermanos, fuiste lo que todos reconoceríamos hoy bajo la definición de "el huevecico". ¡Pero cómo no ibas a serlo! Era una niña buena, cariñosa e inteligente.

Quienes te conocimos por aquellas fechas podemos decir, además, que reunías ya la característica fundamental de una buena amiga: la sinceridad. Eso no impidió que largaras a tu madre las trolas más grandes del planeta que, normalmente coronabas con aquello de "jóete Manuela, que yo estoy aquí", porque ser el huevecico traía consigo el inconveniente de que no te dejaran ir sola casi a ninguna parte. ¡Pero con qué valentía sorteabas el cordón policial!

Más tarde fuiste Loli, justo al tiempo en que pegaste el estirón y le echaste el ojo a uno de los chicos más guapos del pueblo, que hoy es tu marido y el padre de tus hijos. Eran tiempos de instituto, de pandilla, de monjas, y de pasión... Sí. Fue una época apasionante y la viviste, como todos, en primera persona.

Por aquella época se sabía que llegaba la primavera porque el bosque de naranjos del río empezaba a desprender un intenso perfume a azahar que se extendía por todo el valle. Era entonces, Lola, cuando te convertías en un ángel y desde lo alto de un cerro, iluminado con bombillas pintadas de verde y adornado con ramas de olivo clavadas precipitadamente sobre la propia tierra, lanzabas a vecinos y forasteros un verso del que, a duras penas, conseguíamos entender algunas palabras. Comenzaba diciendo... "Oh, divino redentor, el cielo eterno me envía a calmar vuestra agonía y a endulzar vuestro dolor...".

Fue por aquella época cuando te aficionaste a participar activamente en la Semana Santa, pero no de mantilla y rosario, sino de penitente, inaugurando un nuevo tiempo para las mujeres del municipio, que se abrían paso tímidamente en ámbitos hasta entonces reservados sólo a los hombres. Una pionera del cucurucho y la capa, siempre de morado, como buena nazarena.

Tenías todos los mimbres para haberte convertido en una excelente música, pues tu padre fundó la primera Banda de Música de la era moderna del municipio y tus hermanos trajeron la música yeyé al pueblo, pero pensó Dios que te había adornado con demasiados dones como para concederte también el talento musical. Y ésa es también una de tus virtudes: lo mucho que nos haces reír cuando te escuchamos cantar esas canciones de Sabina que tanto te gustan.

Como Loli fuiste también una recién casada feliz y una profesional cuya responsabilidad pronto se vio recompensada. Y siendo así llegaron los niños, y comenzó tu vida de mujer adulta, cargada de responsabilidades, dentro y fuera de casa, que has sabido sortear con éxito, gracias a una virtud que hasta entonces no habías explotado en todo su potencial: la paciencia.

Durante algunos años te entregaste en cuerpo y alma a esa tarea, pero, afortunadamente, los lazos de la amistad que, con el tiempo, fuimos tejiendo, te devolvieron a esta pandilla de la que hoy disfrutamos, como si el tiempo no hubiera pasado, enriquecida con la incorporación de nuevos amigos pero tan sólida como los recuerdos que nos unen.

Ahora, que te llamamos Lola y que has atravesado esa frontera invisible que marca el calendario en determinado momento de la vida, los de siempre y los de ahora, tus amigos y tu familia te decimos que te queremos por lo que fuiste para nosotros, por lo que eres en este día en que celebramos tu cumpleaños y por lo que, sin duda serás: una gran amiga en la que siempre podremos confiar.

Querida Lola, en nombre de todos: Muchas felicidades.